

R. 1074

6976

**BREVE RESEÑA**  
DE LA  
**VIDA, APOSTOLADO Y MARTIRIO**  
DEL  
**Beato Francisco de Capillas,**  
DE LA ORDEN DE PREDICADORES  
**ESCRITA EN ITALIANO**  
POR  
**EL P. FR. ALFONSO M. BIANCONI**  
Y TRADUCIDA AL CASTELLANO  
POR  
**EL P. FR. ALBERTO BLAT**  
AMBOS DE LA MISMA ORDEN



AVILA

Tipografía de Sucesores de A. Jiménez.

1910

6

BREVE RESEÑA

VIDA, APOSTOLADO Y MARTIRIO

Real Francisco de Capillas

EL P. FR. ALFONSO BLANCONI

EL P. FR. ALBERTO PLAT

# PROTESTA

IMPRIMATUR

El Obispo.

IMPRIMATUR

Fr. Pedro Ricart O. P.

Vic. Prov.



## PROTESTA

---

*Recordando los decretos de la Sede Apostólica, el Autor intenta sujetarse enteramente á ellos, rindiendo así homenaje á la autoridad de la Santa Iglesia, de la cual se profesa hijo obedientísimo; y declara expresamente que no intenta atribuir otra fé que la puramente humana á los hechos prodigiosos narrados en este opúsculo.*







**El Beato Francisco de Capillas,**  
del orden de Predicadores  
**PROTOMÁRTIR DE LA CHINA**

**CAPÍTULO PRIMERO**

**Primeros años del Beato Francisco Fernández  
de Capillas.**

**E**L 15 de Agosto de 1607 nació el B. Francisco, siendo sus padres D. Baltasar Fernández y Doña Ana de Capillas ilustres y nobles habitantes de Baquerín de Campos, diócesis de Palencia. Prevenido con las bendiciones del cielo, dió ya en su niñez señales de la vida que había de seguir en el ejercicio de la más acendrada virtud. Dotado de una índole singularmente buena, y cultivada ésta por los cuidados de sus piadosos padres, creció á la sombra del hogar doméstico respirando el es-

píritu de modestia, de obediencia, de oración y de todas aquellas virtudes que forman los Santos. Enviado á los diez años á la Universidad de Palencia, supo juntar con el estudio una piedad no común, haciéndose ejemplar admirado por sus condiscípulos, maestros y por cualquiera que lo tratase; tanto, que era llamado **el Santo**. De aquí dedúzcase cual habrá sido la adolescencia de nuestro Francisco, aunque los biógrafos nada más nos digan de los primeros lustros de su vida.

Contaba diez y seis años de edad, cuando guiado por el Espíritu Santo, fué á Valladolid, donde entró en la orden de Santo Domingo.

Desde que ingresó en el Real convento de San Pablo de Valladolid, se hizo admirar aun de los más adelantados en la vida religiosa, por su observancia regular, y por aquel espíritu de fervor y de recogimiento que lo hacía digno hijo del Santo Patriarca, á quien había tomado como modelo. Cumplido el año del noviciado, y pronunciada la profesión solemne, fué dedicado á los estudios, primero de Filosofía y luego de Sagrada Teología, que completó con sumo loor y aprovechamiento.



## CAPÍTULO II

### El Beato sale en una misión para las Islas Filipinas.

Aun era diácono, cuando estimulado nuestro B. Francisco por el deseo de propagar el santo Evangelio, pidió á sus superiores ser enviado á las Islas Filipinas, donde sus hermanos españoles se dedicaban con sumo ardor á la conversión de aquellos pueblos. El 19 de Junio de 1631 fué la data, en que al joven apóstol tocaba la feliz suerte de zarpar del puerto de Sevilla, con dirección á Méjico, en compañía de otros hermanos suyos, entre los cuales se contaba aquel Fr. Juan García, que tanta parte tuvo con él en las fatigas y dolores de las Misiones de China.

Entre indecibles trabajos y peligros recorrió nuestro Beato Capillas la larga travesía desde España á Méjico. Quedaba todavía al heróico

misionero el recorrido de ochenta leguas, para llegar al puerto de Acapulco (en Méjico), donde con los compañeros se debía embarcar para Filipinas. Quisieron hacer este viaje á pié, pero les costó muy caro, ya que seis de dichos religiosos fallecieron, y los restantes debieron tener en perspectiva la misma suerte, de la que se libraron solamente por una particular asistencia del Cielo. Nuestro Francisco contrajo la fiebre malárica, que lo acompañó por largo tiempo.

El resto del viaje desde Acapulco á Manila no fué menos difícil y penoso; pero también con la ayuda del Señor, tanto él como sus hermanos pudieron llegar á Manila en la primera mitad de 1632.

En esta metrópoli de Filipinas, el Beato recibió la ordenación sacerdotal, junto con Fray Juan García, el 5 de Junio del mismo año. Por consiguiente nada faltaba ya al celoso misionero, para salir al campo á combatir las batallas del Señor, en las cuales debía obtener palmas y laureles tan gloriosos. La provincia de Cagayán en nueva Segovia, fué el palenque donde el valor de Capillas debía manifestarse en toda su grandeza. Tocolana, Santa Ursula

de Babuyanes, Iguig, Nasiping, Taban, Gataran, Tuao de Itaves, con otras aldeas y lugares, vieron muy pronto de qué temple era el nuevo y joven apóstol. Armado con ardentísima caridad para con Dios y con el prójimo, no aspira á otra cosa, que á glorificar á Dios con sus padecimientos, y con sacrificarse á sí mismo para llevar almas á quien por redimir las habia dado su sangre y su vida.

Las primeras muestras de su apostólico celo las dió nuestro Beato Capillas en Tocolana. Del cuartucho, convertido por él en Oratorio, donde oraba, meditaba, leía y escribía, siempre de rodillas, salia radiante de seráfico ardor para hacer participantes del mismo á aquellos pobres indios, rudos, de corta capacidad, esclavos de la ignorancia y del error. Y los infelices se dieron cuenta de haber encontrado en él el padre, el médico, y el maestro, puesto que de todo esto estaban necesitados. Oh! Con qué transporte y dulzura abrazaba á los pobrecitos! Cómo los estrechaba á su paternal seno! Cómo se tomaba el cuidado de protegerlos y consolarlos! Por esto, más que por los sermones, ellos comprendían perfectamente lo que queria decirles el padre, y con eso

mismo se los atraía entregándolos á Jesucristo, para quien los habia reengendrado con su caridad.

Además la misma Tocolana ofrecia á nuestro Capillas otro campo, en que debian brotar flores escogidas dignas de Dios.

El hospital de Tocolana, fundado por los religiosos Dominicos, recogia los pobres enfermos, y albergaba los inválidos necesitados de todo. No se ocultó al fervoroso Misionero que aquella ocasión providencial era una coyuntura favorable para ejercitar la obra de redención.

Ordenadas sus ocupaciones con el nuevo cargo, tomado con la licencia del Superior, se entregó con todas sus fuerzas al alivio espiritual y corporal de los infelices recogidos. Muy de mañana acudía al hospital, visitaba los enfermos, y los ayudaba á levantarse, arreglaba sus esteras y camillas, y barrido después su dormitorio, los volvía á colocar en la cama. Acto seguido los recorría de nuevo parándose con cada uno de los enfermos, y dirigiéndoles palabras de consuelo y fortaleza. Cada día llevaba con sus propias manos cuanto lograba obtener de la despensa de casa, añadiendo

una buena porción de su escasa comida. No era menor su cuidado de administrar á aquellos pobrecitos el alimento del alma, del que estaban ciertamente muy necesitados. Después los exhortaba á la paciencia, les hacía ver cuánto les compadecía en sus enfermedades, y explicándoles al mismo tiempo las verdades de la fe, les exponía la felicidad de quien cree y se abandona en las manos de Dios. A las dulces y santas palabras juntaba las obras, entregando á aquellos pacientes las medicinas, curándoles las llagas, que á veces besaba y lamía, y su lengua era saludable medicamento.

Así este angel de caridad disponía aquellos pobres enfermos á la Confesión, que escuchaba con tanto amor, mansedumbre y dulzura que los enternecía hasta llorar.

De estos actos de ardiente caridad sacaba nuestro Beato aquel fervor y tierno ardimiento que llevaba cual mejor preparación al Divino altar para celebrar los divinos misterios. Por esto podía decir con toda razón: *Con un bocado que me dan en la Misa me sustento para todo el dia.* Era éste el misterioso alimento, que daba al fervoroso apostol tanto

vigor y fuerza. Con todo esto, el Señor en su providencia permitía que el Beato en estas obras de caridad y misericordia fuese asaltado por el respeto humano. Sucedia á veces que, llevando la comida al hospital, tropezaba con los españoles. Entonces el demonio le ponía delante, no ser decoroso que un sacerdote fuese así cargado con platos y ollas, pero el santo Religioso prontamente detenía el golpe del enemigo, con decir á sí mismo: *qué? qué? miserable asnillo, (así llamaba á su cuerpo) te avergüenzas eh?, recalcitras? Pues tienes que caminar, por más pesada que te sea la carga, aunque sientas molestia, tienes que llevar el peso.* Así diciendo, caminaba adelante con el gozo de haber superado á sí mismo y haber vencido al demonio.

A todo esto el Beato añadía una admirable compostura y singular modestia, un celo ardiente por el bien espiritual y corporal de cada uno, un cariño maternal, y una sincera y honda compasión de las miserias humanas. Con esto él se abría camino entre el pueblo, animando á los cristianos á mayor virtud, y llamando á la fe de Jesucristo aquellos que se encontraban alejados. Además acrecentaban

admirablemente el aprecio que de él hacian fieles é infieles, la angelical pureza de costumbres, el espíritu de sacrificio, el desprecio de sí mismo, el heroico menosprecio de su salud y las increíbles fatigas.



### CAPÍTULO III

#### El Beato en el secreto de su habitación.— Penitencias y martirios.

Puede afirmarse con toda verdad que á nuestro Francisco de Capillas no faltó el mérito del martirio, aun antes que la cimitarra tártara le cortase la cabeza. Tales y tantas fueron las penitencias con que afligió su inocente cuerpo, que no pueden leerse, sin quedar profundamente enternecidos. Pasaba las noches velando, y en continuas oraciones que hacía, imitando á su P. Santo Domingo, ya hincado de rodillas, ya postrado, ya con los brazos en cruz, ya estando derecho, y pisándose un pié con el otro. Oh! Con qué trasporte rogaba entonces á Dios para que le socorriese! Cómo le pedia con instancia que no le pagase en esta vida, sinó que le reservase el premio solo para la otra! Con qué impetu penetraban en el corazón de Dios los dardos encendidos de su caridad! *Aquí oh! Señor.*

*(repetía con el grande Agustín) aquí quema, aquí corta, aquí no tengas compasión para usarla después en la eternidad.*

A los ayunos de la Orden, que se prolongan desde el 14 de Septiembre hasta Pascua, y á los otros prescritos en lo restante del año, el bienaventurado Padre añadía otros extraordinarios, de modo que sus ayunos eran continuos. Y es verdaderamente cosa singular que lograrse consumir tan poca comida, hasta reducir su cantidad al peso de un huevo, y que le bastaba para quince días, añadiendo únicamente un poco de *morisqueta*, llamada por los cagayenes « o' inafi » (1) Y aun cuando no le fué permitido continuar con tal sistema, á causa de la excesiva debilidad de cabeza que padecía, él se mantuvo firme con rigor de anacoreta. A todo esto se agreguen las continuadas disciplinas, en las que regaba el pavimento con su sangre inocente; el cilicio, por el cual sus hijares se habían ennegrecido; la exacta observancia de las leyes de la Orden, en especial de la rigurosísima del silencio y el retiro.

---

(1) Arroz cocido con agua.

Ni en esto ponía límite nuestro Francisco; sinó que en la sed insaciable de padecer siempre más, inventaba nuevos modos de afligir su asnillo, el cuerpo, para incapacitarlo á dar coces. También quiso rociar su breve reposo con el ajeno y la hiel de la Pasión de Cristo.

Habiéndose por lo tanto procurado una cruz proporcionada á su estatura, se acostaba en la cama, extendido supino en aquella. Y para que, durmiendo, no cambiase de postura, ó saliese fuera de la cruz, ataba con lazos corredizos sus piés y manos á los brazos de la misma, y así el breve sueño, imagen de la muerte, lo hacia morir cada noche en cruz con su Dios crucificado.

Pero hay todavía más. Insoportable es el calor que reina en las Islas Filipinas, especialmente en tiempo de sequía: entonces cada uno va en busca de un poco de aire ó de viento para refrigerarse. Por lo demás, para nuestro Capillas el único refrigerio era el de cerrar puerta y ventana, y estarse en aquel horno, poco menos que sofocado, fijo con el pensamiento en las penas envidiables de Purgatorio. Grave, en verdad, y penoso tormento para un miserable mortal; pero no mayor que





## CAPÍTULO IV

### Trabajos apostólicos del Beato Francisco.

De esta santa ambición de penas, de esta sed ardiente que nuestro Beato cuidaba de apagar en el cáliz de la Pasión de Jesucristo, manaba toda aquella plenitud de carismas que lo convertían en digno apóstol de aquellos pueblos, á cuya redención y salvación atendió con incansable celo. Lo veían los cristianos, como lo veían los infieles, salir alegre, sereno, abrasado de amor y correr de aldea en aldea, llevando á todas partes delante de sí Jesucristo crucificado. Acá evangelizaba al pueblo y enseñaba la doctrina cristiana, demostrando simultáneamente á aquellas inteligencias oscurecidas la falsedad del culto pagano, y el daño incalculable y eterno que reportaban de sus engañosas teorías y necias tradiciones; allá administraba los Sacramentos, animaba á los creyentes á mantenerse firmes en la fe, á

practicar la virtud, á convertirse en dechados para los que creían; en otra parte socorría á los moribundos con los auxilios extremos de la religión. En alas de su fe y su celo recorría el camino, volaba, aunque fuese subiendo una pendiente, ó por senderos escabrosos é inaccesibles.

Del joven criado Juan Kiang, que por espacio de un año acompañó al Beato, sabemos efectivamente que los viajes del Misionero no eran otra cosa que vuelos. «Este padre Francisco—dijo un día el Kiang al Venerable Padre García—cuando camina, no anda, sinó que corre, y yo no puedo seguirle en el viaje.»—Tanto sucedía por el anhelo sumo que el celoso apostol experimentaba de difundir la luz del Evangelio, de administrar los Sacramentos, de socorrer sus indios en cualquier necesidad.

No es, pues, de maravillar que de tal celo del joven Misionero Dominico brotasen los copiosos frutos, que alegraban la Iglesia de Jesucristo, y extendían siempre más sus confines. Y la provincia de Cagayán fué el espectador atónito de cuanto el P. Capillas supo trabajar para incremento de la fe cristiana, y

para la curación moral y civil de aquel pueblo rudo é ignorante. Gozábase de esto el buen Padre, como del fruto debido á sus cuidados y fatigas; cosa que por lo demás lo animaba á redoblar su prodigiosa actividad, ávido como estaba siempre de conducir al redil de Cristo nuevas ovejas.



## CAPÍTULO V

### **Nuevo campo de acción señalado á Capillas.**

La obediencia que á nuestro beato Francisco fué siempre la única guía en todas sus acciones, lo destinó para llevar á otras partes los benéficos y maravillosos frutos de su incansable actividad, y de su celo apostólico. Pues el año 1641, convocado el Capítulo para la elección de Provincial, acudió también el P. Francisco, como Vicario de Santa Ursula de Babuyanes.

Llegado á Manila, y elegido Provincial el P. Fr. Francisco de Paula, por el mismo Capítulo fué nombrado el B. Capillas Vicario del Convento de Tuao. Se resignó al nuevo cargo y con el nuevo destino, pero no dejó de pedir al Provincial recién elegido, que lo enviase por obediencia á las Misiones de Japón ó de China. El Provincial, aunque admirase el espíritu del santo Religioso, no pudo por entonces sa-

tisfacerle, debiéndose la preferencia á otros que antes de él habian presentado la misma petición. Pero añadió que tendría presentes sus ruegos en la primera ocasión que se le ofreciese. El buen P. Francisco, sumamente contento con la promesa, dejó Manila, para trasladarse á la nueva residencia. Y también Tuao presenció y admiró los innumerables actos heróicos del apóstol dominico, como los habían presenciado Tocolana, Iguig, Nasiping, Gattaran y otros lugares de la provincia. También allí resaltó el esplendor de las más sublimes virtudes, su incansable laboriosidad en el cuidado de los enfermos, en la predicación del Evangelio, en la administración de los Santos Sacramentos, y en el perfecto cumplimiento de los deberes de un ministro de Jesucristo. El Beato no permaneció en esta residencia sinó poco más de un año, ya que el Señor quiso finalmente apagar sus ardientes votos, destinándole á una tierra donde se sufría por todo y de nada se gozaba. Efectivamente, por el padre Andrés de Haro, Vicario provincial, le fué notificado que se preparase á partir para China, y que por tal motivo le exoneraaba del cargo de Vicario. La alegría

del fervoroso Misionero llegó al colmo, tanto que según el Padre de las Casas, cayó por ello gravemente enfermo, y llegó á tal punto de debilidad, por la absoluta imposibilidad de alimentarse, que hizo temer como próximo su fin.

Pero el enfermo no temía tal cosa, ya que frecuentemente repetía al P. Vicario Provincial y á los otros que por su causa se afligian; «No os apesadumbreis por mi enfermedad, puesto que sé ciertamente que debo convalecer, á más tardar antes del día quince, y embarcarme en la nave que está en camino, con dirección á la isla de Formosa.»

Sin embargo, entre tanto la imposibilidad de tomar alimento y de reposar continuaba consumiéndolo y afligiendo al enfermo sin ninguna suerte de mejoría. El P. Vicario Provincial—y fué una inspiración del cielo—recurrió entonces á un expediente por el cual solamente creyó deberse obtener la suspirada curación. Tomada una taza de vino y algunos bizcochos, se presentó al P. Capillas, y le mandó, presentes muchos religiosos, que por obediencia comiese aquellos bizcochos y bebiese aquel vino. El enfermo de repente en el mismo punto, comió y bebió sin dejar nada de cuan-

to el Superior había traído. El día siguiente se confesó y comulgó con gran fervor, y al tercer día se levantó de la cama reposado y fuerte y bajó al puerto de Aparri para arreglar su viaje. Después de un mes de permanencia en Aparri, llegaba la nave anunciada por el Beato, y el misionero destinado á China embarcaba con la bendición del Vicario Provincial, y entre los sollozos de sus hermanos y todos aquellos á quienes él había edificado con una vida de angel y de apostol.



## CAPÍTULO VI

### Desde la isla de Formosa á China.

El 22 de Julio de 1641—mes consagrado á Santa María Magdalena, penitente, protectora de la Orden Dominicana, y más especialmente de la Provincia dominicana de Filipinas --el Beato Francisco de Capillas llegaba con un compañero á Formosa, siendo recibido con suma alegría y afecto por el P. Vicario de aquella casa, Fr. Juan de los Angeles, que desde un principio admiró la virtud y trato agradable del joven misionero. Quiso la Providencia que allí se encontrase tambien el venerable y heróico P. Fr. Francisco Díaz, aun convaleciente de los graves achaques causados por las fatigas apostólicas soportadas en China. La compañía del amable hermano el P. Capillas, pareció servir no poco al Padre Díaz, el cual, mejorado mucho en su salud y fuerzas, estuvo pronto para hacerse á

la vela hacia el antiguo campo de sus sudores. Al principio del año 1642, los dos misioneros se embarcan con dirección á China, á donde llegan en Marzo ó Abril del mismo año. La provincia de Fokien, y especialmente la ciudad y distrito de Fogán, debian ser el campo glorioso y extenso en que á nuestro Beato tocase desplegar todo el celo de que habia dado muestras en Filipinas. Él vió con complacencia los gérmenes esparcidos en aquella tierra por el italiano y valeroso Padre Cochi, florentino, verdadero y primer fundador de aquella Misión. Las huellas gloriosas de este hijo de Santo Domingo estaban todavía recientes, y en ella fijó nuestro Beato su carrera, juntamente con sus queridos é incansables hermanos el P. Díaz y el P. Juan García. Bajo el nombre chino de Padre Xan (ó Lan, según otros), el Beato estudió y aprendió con perfección la lengua mandarina, que era la de los literatos y nobles chinos. El denuedo con que el nuevo apóstol puso manos á la obra, corrió parejas con las tristes y difíciles condiciones en que se encontraba la provincia de Fokien, y especialmente el distrito de Fogán.

La cruel guerra que los chinos, especialmente los literatos, habían mantenido siempre abierta contra la Religión de Cristo y contra sus misioneros, duraba todavía, bien que no siempre se pasara á vías de hecho. Nuestro Beato vió sus tristes y perniciosos efectos desde su entrada en aquellas bárbaras regiones. Así que se encontró frente á frente de dos baluartes en los que conoció que debía pelear, y eran la Cristiandad que debía defender, y el Paganismo que debía combatir y vencer. Aquella necesitaba un padre, un maestro, y un fuerte defensor, que amase á sus hijos, cultivase su mente y su corazón, y custodiase el tesoro de su fe y de sus buenas obras; Contra el Paganismo se debía combatir incessantemente, abatir su fortaleza, rendir sus defensores, y mostrar su debilidad ante las armas de la verdadera fé. En cuanto á la primera tarea, si bien la Iglesia había acogido en su seno tantos hijos del Celeste Imperio, no le faltaban, sin embargo, dolores y lágrimas de parte de los mismos, que habían abrazado su fé, á causa de la humana inconstancia y de las tristes condiciones en que se encontraban los cristianos en contacto con los enemigos

domésticos. No eran raros los casos de mujeres cristianas que debiesen sufrir las más duras pruebas de parte de sus maridos infieles, obstinados, perversos, que continuamente las martirizaban con bestiales tratamientos; de hijas jóvenes á quienes tocase beber un cáliz envenenado con las reprimendas, escarnios y amenazas de crueles padres, por haber ellas abrazado la fe y hecho voto de castidad; de hermanos y hermanas que estuviesen expuestos á tortura moral y material por parte de sus mismos hermanos y hermanas que odiaban sus creencias y las prácticas de virtudes cristianas; de esclavos y esclavas á quienes atados sus cuerpos con cadenas, se quisiese atar también sus almas, arrancando de sus corazones también la fe de Cristo.

De esto deduzca cada uno, cuál era la condición creada á los cristianos por los tiranillos domésticos ricos ó pobres, poderosos ó nó. A todo esto se añada la guerra que los literatos y mandarines mantenían siempre encendida más ó menos abiertamente, con sofismas, calumnias y sacrílegas injurias contra la ley del Evangelio, y contra aquellos que la predicaban. Ni podia contarse poco ni mucho con la

autoridad civil, frecuentemente indolente, y más á menudo cómplice del delito que se consumaba contra quien, sin hacer mal á nadie, ayudaba á todos.

Y si, en fin, se tienen en cuenta los prejuicios, las necias y vanas tradiciones, ciertos bárbaros usos y costumbres convertidas en ley, y la tenacidad de los chinos en sostenerlos, tendremos el cuadro completo de las dificultades á que se oponía la obra redentora del Misionero católico, y qué temple y valor debía poseer.

Pero el Beato era el hombre y el apóstol ejercitado ya en el combate, había mostrado cual padre y maestro era; había dado demasiadas pruebas de pericia en combatir y abatir el error y el vicio, y en soportar incomodidades, malos tratamientos, dolores y tormentos; sus gloriosas señales las llevaba consigo; bajo la humilde túnica ocultaba las llagas sangrientas de los cilicios, de los azotes y de la cruz. Podía por lo tanto regocijarse la cristiandad de la provincia de Fokien y particularmente la de Fogán mientras que al paganismo le había tocado en suerte un debelador invencible, y un enemigo irreconciliable.

Fokien y Fogán vieron este héroe del Cristianismo: se alegraron por esto los cristianos, y temblaron de espanto los enemigos de Cristo y de su Evangelio. El Padre Xan (Capillas) *no anda, sinó que corre, nadie puede seguirle en la carrera.* Doquiera que hay una alma cristiana necesitada de ayuda, allí está él siempre pronto; emplea todo el espíritu de su celo apostólico, sin reparar que sea de día ó de noche, superando cualquier obstáculo, sin hacer caso del frío ó del calor, de la lluvia ó de la serenidad, del llano ó de la subida, del cómodo camino ó de la áspera senda, ni de otra cualquiera incomodidad muy fácil de encontrarse en aquellas regiones. Si había un enfermo, el Beato sin demora emprendía el camino, lo recorría, muy pronto estaba á la cabecera del moribundo, le reconciliaba con Dios, le fortalecía con el pan de los ángeles, le administraba la extrema Unción, y aquella alma partía de este mundo con todos los consuelos de la Religión. Si un creyente vacilaba en la fe, nuestro apóstol iba al infeliz, le recordaba el juramento hecho, la felicidad de quien cree, espera y ama á Dios; oía su confesión, lo robustecía con el pan de los fieles, la duda, y

los temores desaparecían, y la gracia de Jesucristo triunfaba en aquel desgraciado. Si ocurría celebrar la misa en este ó en el otro pueblo, este angel de caridad y de consuelo corría de un lugar á otro, esperado y acogido con muestras de alegría por los fieles, gozosos de asistir al divino sacrificio, de participar de la mesa eucarística, de oír los sermones, de aprender la Doctrina cristiana, y de escuchar de la boca del Misionero palabras de alivio, de consuelo y de paz.

Podía pues el mismo Beato decir con toda verdad que, cuando se trataba de administrar los Sacramentos, especialmente á los enfermos, era tal su deseo de socorrer las almas, que las cuevas y los montes se le hacían más fáciles que los caminos llanos y cómodos. Cuando además esto sucedía de noche, y los senderos eran harto escabrosos y estrechos, y el caer ó levantarse se sucedían con frecuencia, entonces su gusto y su alegría llegaban al colmo, porque el Señor así le daba parte de sus dolores y de sus penas.

Mucho tendríamos que extendernos, si quisiéramos contar, aunque fuese brevemente, los prodigios de este emulador del grande

Apóstol de las gentes. Pero nos vemos obligados á limitarnos, sin omitir por esto aquello que más redundaba en honor de nuestro Beato, y muestra muy á las claras el fruto inmenso recogido por él entre los infieles de Fokien. El hecho que aqui referimos lo debemos al venerable Padre García. Encontrándose—nos dice este venerable Padre—el Beato en Fogán, fué á hacer una breve visita á la villa y barriada de Lien-kiang, distante de Fogán tres días de camino. A pié y con su acostumbrado vuelo, recorrió el Padre Fr. Francisco el largo trayecto, y llegó á la población. *Bautizó en muy poco tiempo más de cien infieles entre los habitantes de aquella villa, y se volvió á pié con grande júbilo de su alma.* Cien infieles bautizados en una visita, en muy poco tiempo, en la sola Lien-kiang, son argumento evidente para afirmar que fué muy grande el número de almas introducidas en el redil de Jesucristo por nuestro Beato Capillas.



## CAPÍTULO VII

### Persecuciones.

Ya hemos indicado que la Iglesia de China sufrió guerras y persecuciones desde su nacimiento. Pero el año 1644 fué increíblemente triste y doloroso, ya por las vicisitudes políticas, ya por el recrudecimiento del odio y del furor de aquel pueblo bárbaro contra el Cristianismo. La mies recogida hasta entonces en la provincia de Fokien, por los tres grandes misioneros Domingo García, Díaz y Capillas, había sido indudablemente abundante y consoladora; pero el huracán de las revueltas, de los incendios y de la caza á los secuaces de Cristo y á los ministros del Evangelio, había causado á aquella joven Cristiandad ruinas lamentables y desastrosas. Ella vió ser puestos en fuga los celosos misioneros, ser asaltadas las iglesias, los conventos y las casas; despojarlas y hacerlas pasto de las llamas;

lloró al heróico apologista de la fe, el terciario Dominico Pedro Chin, que cayó víctima gloriosa de la furiosa plebe idólatra; lloró al incansable P. Díaz, que de un cruel puñetazo en el estómago iba consumiéndose lentamente, y tantos otros errantes y escondidos para sustraerse á las violencias, á los golpes, á la muerte: vió, en una palabra, la desolación y el luto de un gran número de inocentes.

Solo que para colmo de tanta desgracia llegó el cruel Tártaro, que destronó la dinastía china, apoderándose de la única provincia que le quedaba. Era una prueba para los hijos de la Iglesia Católica, más para los inícuos perseguidores de Fokien y en particular de Fogán, era la señal del estrago y del exterminio. En Fogán— escribe el P. Dominico Santa Cruz— no hubo garganta, en que no penetrase la espada del Tártaro, el cual fué el Atila especialmente de los pérfidos literatos, instigadores de la chusma á levantarse contra los cristianos y contra los ministros de Jesucristo.

El Señor vengaba de este modo los delitos cometidos por los Foganeses con sus rebeldias al legítimo Emperador, con la persecución contra Cristo, contra su Religión y con-

tra los predicadores y secuaces del Evangelio. La entrada de los Tártaros en Fogán sucedía el mismo día en que el heróico P. Francisco Díaz bajaba al sepulcro, consumido lentamente por la hemotisis causada por el cruel puñetazo de un idólatra, como se ha dicho más arriba. De esto se deduce como los dolores, los malos tratamientos y los peligros crecerían inmensamente, y como nuestro Capillas mereció contarse dignamente entre los primeros discípulos de Jesucristo. Pero él á todo hacía frente, confiando en el Dios que es sostén y fortaleza de los que combaten en defensa de su Santísimo Nombre.

Juntamente con el amado hermano Padre García recorre el campo de su Misión, no se dá reposo, no se detiene ante los peligros de la muerte, que les sigue continuamente á retaguardia, infunde valor á los fieles, los estimula á estar firmes en la fé, los consuela en sus tristezas, enjuga sus lágrimas y sudores, alivia sus penas: pronto á dar la vida por ellos.

Así duraron las cosas hasta el 9 de Agosto de 1647, sin que el B. Francisco disminuyese en un ápice su ardiente celo en pró de los

fieles y de los idó'atras, que siempre engrosaban las filas de los creyentes. Pero el 9 de Agosto de 1647 se inauguró la nueva base de aquella encarnizada persecución, que debía acarrear á los cristianos, y á los ministros de la religión católica nuevos daños y nuevos dolores, y al heróico Capillas el glorioso martirio. Celoso el virrey Tártaro de la consolidación del dominio en la provincia de Fokien y en la ciudad de Fogán, publicó un edicto en el cual se condenaba la pésima secta llamada de Pilin-kiao nombre derivado probablemente de su fundador; la cual secta, además de profesar la idolatria más vergonzosa, era perjudicial á todo orden de gobierno. Los enemigos de la fe cristiana emplearon todos los medios para inducir al mandarin de Fogán á insertar en el edicto contra Pilin-kiao también la condenación de la religión cristiana. Se consiguió, y el decreto fué publicado en Fogán el 9 de Agosto de 1647, con amenazas de la confiscación de los bienes, del destierro, y de la carcel para los ministros y predicadores del Evangelio. Los pérfidos idólatras no necesitaron más; ávidos de oro, y más aún de la sangre cristiana, se entregaron sin tar-

danza en busca de los misioneros, El P. Garcia, que se hallaba solo en Fogán, se apresuró á poner en salvo cuanto habia en la iglesia, y á escaparse por una cloaca que conducía fuera de los muros de la ciudad.

El Beato Capillas, de residencia entonces en Ting-teg, sorprendido por la imprevista aparición de su P. Vicario Garcia, supo por él cuanto habia acaecido en Fogán. Exhortándose mutuamente al nuevo combate, se dedicaron con más ardor al cuidado de la grey de Cristo, al mismo tiempo que ejercitaban su ministerio entre los infieles. En Ting-teu los dos valerosos Dominicos permanecieron así hasta Noviembre del mismo año 1647, desafiando todos los peligros de captura y de muerte. Nos place copiar aqui el siguiente párrafo de la relación escrita por el ven. padre Garcia acerca de la misión de la provincia de Fo-kien, y enviada á Manila.

«Libre yo—son palabras del P. Garcia—de  
»un primer peligro (corrido en Fogán) me es-  
»capé á Moyang, y de allí vine á Ting-teu,  
»donde se hallaba el P. Fr. Francisco, á quien  
»no habia visto desde cinco meses, no dando  
»lugar á mayor comunicación nuestros cuida-

»dos del ministerio. Estando juntos, no tarda-  
»ron á llamar con urgencia para administrar  
»los sacramentos á un moribundo de la ciu-  
»dad (Fogán). En esta ocasión volvi allá, pero  
»como perro viejo que sabe las sendas por  
»donde el cuerpo puede escaparse (1). Con-  
»fortado el enfermo con los sacramentos, y se-  
»guida su muerte, le di sepultura, y me volvi  
»á Ting-teu, donde pasamos juntos dos me-  
»ses.

«Durante este tiempo, acaeció que el Pa-  
»dre Francisco, volviendo un día de cierto  
»pueblo, adonde lo había enviado para confe-  
»sar á los cristianos, y cerca ya de Ting-teu  
»(en Fan-ki-chin) cayó en poder de los sol-  
»dados tártaros. Presentado al mandarin de  
»los mismos, y visitado el kúa-siang (custo-  
»dia ó caja) en que llevaba lo necesario para  
»la Misa, vieron que no había nada de con-  
»trabando. Esto sirvió para que no solo lo de-  
»jasen en libertad y sin la más pequeña mo-  
»lestia, sinó que lo tratasen además con gran-

---

(1) Alude á la cloaca por donde entraba y salía pa-  
ra asistir á los fieles de Fogán.

»de cortesía, invitándole á tomar el chá  
»(1).»

Esto habría bastado á cualquiera para ir con más cautela, y así evitar semejantes peligrosos encuentros; pero el Padre Francisco de Capillas ya sabía por divina revelación cuánto había debido sufrir y obrar en aquellas bárbaras regiones, como le era sabido que él debía ser el fundamento y sosten de la Iglesia de China (2).

Podía por lo tanto andar *confiado, sin precaución*, hasta hacer decir al P. García: *El Padre Fr. Francisco cree que el padecer no habla con él*. Pero estaba para sonar la hora del Beato, y su Vicario el padre García no lo sabía.

---

(1) El té, según algunos, pero más probablemente el chia (cia ó ciccía) bebida obtenida con el maiz fermentado y molido, usado también en la América del Sur.

(2) Del proceso apostólico hecho en Manila, Docum. B. Sum. pag. 329.



## CAPÍTULO VIII

### La hora suspirada por el Beato Francisco.

A los primeros días de Noviembre de 1647, caía enferma y en peligro de muerte la mujer del literato cristiano Tadeo Vuang, entonces habitante extramuros de Fogán. El pio Tadeo envió una persona á Ting-teu, para rogar al P. Garcia que proveyese por el bien espiritual de aquella alma. El piadoso encargo tocó al P. Capillas, quien voló para aquel lugar con sumo gusto y alegría. Cumplido el deber del propio ministerio, en casa de Tadeo Vuang, el Beato estaba para volverse á Ting-teu, cuando fué llamado por un segundo cristiano enfermo, habitante igualmente extramuros. El Vuang, sabedor de las asechanzas tendidas en daño de los Misioneros, exhortó al P. Francisco, para que fuese con cuidado, y á retardar todavía, siendo aquel camino peligroso por causa de las correrías de los soldados tártaros.

*Es necesario animarse* --respondió el Padre-- *no he probado á qué saben los azotes de las cañas; podrá ser que los pruebe:* y se dirigió hacia la casa del enfermo, por un caminito muy secreto.

Eran las diez de la mañana del 13 de Noviembre de 1647, y el valeroso apostol por escondidos senderos volvíase alegre y contento por la buena obra llevada á cabo; llevaba en su compañía un muchacho infiel que le llevaba lo necesario para la Misa y una manta de largo pelo. Absorto, como estaba siempre, en la contemplación de su Dios, ó con su acostumbrada modestia que no le permitía mirar á derecha ni á izquierda, adelante ni atrás se encontró de repente ante un mandarín tártaro, el cual, junto con algunos soldados suyos, iba á recrearse y á sacrificar en un templo de ídolos que estaba allí cerca. Preguntado el religioso quién era, no titubeó en responder francamente, que era predicador de la Ley de Dios, y que se encontraba por allí, con motivo del cumplimiento de su santo ministerio. Los soldados con el capitán creyeron tener en su poder al P. García, fugado, según se ha dicho, el 10 de Agosto y se alegraron de ello como

de una presa que debía procurarles honores y recompensas. Entre tanto, por orden del capitán, se le echó al Beato una soga al cuello, con la cual le fueron atadas las muñecas, mientras que al muchacho le tocaron la cadena y las esposas. Enderezados hacia la ciudad introdujeron los dos prisioneros en el templo susodicho, y allí desnudado completamente el P. Capillas fué registrado con sumo cuidado, ansiosos los desgraciados de apoderarse del dinero que el Religioso tuviese en su poder. Quedaron chasqueados, puesto que no le encontraron más que un crucifijo de marfil. Continuando el viaje, el escuadrón militar entró en Fogán con tanto rumor y aparato marcial, como si hubiese triunfado del Emperador chino Jung-lié, su enemigo. Presentados luego los dos prisioneros al mandarín de guerra, éste les hizo arrodillar, y dirigió al Beato algunas preguntas, á las que él respondió lo que el Espíritu Santo le sugería. Después, abierta la caja de lo necesario para la Santa Misa, el mandarín quiso saber el significado de cada objeto, y el Beato de muy buena gana lo satisfizo, gozoso de poder así anunciar á aquellos paganos el Santo Evangelio. A

Vuong-ie (era este el nombre del mandarín) no desagradó la doctrina evangélica, antes bien recibió con gratitud un *catecismo* en que se explicaban los principales misterios de la fe cristiana. Al fin Vuong-ie remitió nuestro Beato al mandarín civil, por nombre Ko-ie, puesto que el capturado no era prisionero de guerra.

Ko-ie era un hombre incúo y cruel, y era aquel mismo que, vendido al oro de los calumniadores enemigos de los cristianos y de los misioneros, había por arbitrio propio añadido á la condenación del *Pelin-kiao*, la de la Religión Cristiana.

—¿Qué haces tu en este reino siendo extranjero, y dónde moras?—fueron las primeras preguntas que el tirano dirigió al Beato, apenas le tuvo presente.

«He venido—respondió el Beato—enviado  
»por Dios mismo á predicar y enseñar su san-  
»ta ley á la pobre gente que no conoce á Dios,  
»y en vez de Él sirve al demonio, capital ene-  
»migo del hombre, adorándole en varios y fal-  
»sos ídolos, que no son otra cosa que obra de  
»las manos de los hombres. En cuanto al lu-  
»gar de mi habitación, respondo que mi casa  
»es todo el mundo, mi techo es el cielo, mi ca-

»na cualquier pedazo de tierra. Dios es quien  
»ne provee de todo lo necesario para la vida.»

Quiso después el Juez preguntar al Beato respecto á la ley de Dios, echándole en cara al mismo tiempo las infames calumnias achacadas á la misma ley y á sus ministros. A lo que respondió el fuerte misionero, declarando ante todo los principios fundamentales de nuestra santa fe, y después rebatiendo todas las acusaciones, demostrando que esas no eran más que imposturas y calumnias inventadas por el odio que se nutria contra los ministros del Evangelio, y por el deseo de que nadie escuchase á los predicadores del mismo. Pero el impio Ko-ie no admitía más razón que la del odio y del arbitrio. Remitió por lo tanto el prisionero al mandarín militar, con la siguiente satánica información.

«El—decía el mensaje—es blasfemador de  
»los dioses, despreciador de los sagrados ri-  
»tos y ceremonias del Imperio, soliviantador  
»del pueblo, introductor de nuevas leyes fal-  
»sas, sumamente nocivas á todo el reino. Ade-  
»más este con su locuacidad, y con la aparen-  
»te muestra de santidad engaña al pueblo  
»sencillo, especialmente á las doncellas, ha-

»ciéndolas desobedecer á sus padres y mayo-  
»res, á fin de tenerlas más sujetas á sí, y en-  
»gañarlas con ciertas ceremonias y ritos su-  
»persticiosos, causando así gravísimos é incal-  
»culables daños. Para remedio pues de tantos  
»males, y para que sirva de ejemplo á los de-  
»más que lo siguen, es justo y conforme á las  
»leyes patrias que este malhechor, el cual á si  
»mismo se llama maestro de la ley de Dios,  
»sea sentenciado á muerte».

Pero al pérfido juez civil para nada valió tanta iniquidad y perfidia, ya que el mandarín militar, hecha minuciosa pesquisa sobre la vida y costumbres del Beato Francisco, no encontró en él más que la sola culpa de ser maestro de la religión cristiana, la cual estaba tolerada aun en la misma corte de Pekin. Por esto el mandarín Ko-ie sufrió la afrenta de verse devuelto el Religioso con la respuesta del mandarín militar, que le decía no haber encontrado en el mismo Religioso causa alguna digna de muerte.

La vergüenza sufrida acrecentó en el impio juez la ira y el odio contra la inocente víctima, pero debió disimularla. Quiso por lo tanto oír él también la explicación de cada objeto

necesario á la misa; y el Beato lo hizo y con grande gusto. Llegado á la caja de las hostias, el martir expuso brevemente el misterio de la Transubstanciación, añadiendo, como de aquel pan, convertido en la substancia de Cristo, comia él mismo, y después hacia participantes á los fieles.

Si, si,—replicó en seguida el Juez—este pan que les das (á los fieles), es el bocado con que los encantas, á fin de que te sigan.

Por fin sacada de la caja la imagen del Crucifijo, el misionero expuso el misterio de la Encarnación, pasión y muerte del Redentor, y del fruto que deriva de tanta humillación y bondad del Hijo de Dios. Por toda respuesta el Beato recibió del inicuo mandarin la condena á una oscura prisión.





## CAPTÍULO IX

### Tormento y Sangre.

Al segundo día de prisión, nuestro B. Francisco debió presentarse de nuevo al tribunal del mandarín Ko-ie, donde le estaban preparadas injurias y tormentos. Ante todo, el cruel Tártaro vomitó contra el inocente el veneno de la calumnia y de la mentira, con tratarlo como hombre lleno de perversidad, y reo de enormes delitos, engañador y vicioso. Después, impedida á la víctima toda defensa, dijo en voz alta: »Eres digno de una ejemplar y cruelísima »muerte, porque soliviantas el pueblo. Desde »que has entrado en esta ciudad, no ha habido »más en ella paz y quietud; todo es perturba- »ción y novedad. Ea—dijo á los verdugos— »dadle el tormento de los tobillos.» Este tormento consiste en comprimir los tobillos entre dos tablitas por medio de cuerdecillas, hasta sacar los huesos de su sitio, y hacerlos sobrepone los unos á los otros. Es el género de

tormento más cruel y desgarrador que pudiera inventar la malicia humana, y aplicado á los delincuentes más perversos, y es tal el dolor que produce, que hace desear cualquier muerte, antes que sujetarse al mismo por breves instantes. Con tan inaudito dolor y espasmo, el mártir estaba para dar un fuerte grito, pero acordándose de la causa por la cual sufría, recurrió muy presto al crucificado Señor, diciendo con voz sumisa: *Gracias, Señor, gracias; que si no me ayudais perezco;* y el triunfo fué del mártir, que sostuvo con invicta constancia y valor aquel exquisito tormento.

Mientras tanto el tirano pasó á las befas, diciendo al paciente:—Juzgas este tormento como fortuna y gloria tuya, ó lo tienes al contrario por desventura y pena?

«Si—respondió el Beato—es para mi fortuna, grande fortuna y no menor gloria. Ya que si el cuerpo padece, jamás el alma se ha regocijado como ahora, al pensar que ha sido hecha digna de padecer algo por amor de Aquel que dió su vida en dos maderos, aunque diversos de figura.»

—Ea pues, replicó el cruel juez, dadle más gusto; acrecentadle la gloria.

Los verdugos comprimieron; y tomados en la mano los bastones descargaron veinte golpes en los pies del atormentado, pero sin la satisfacción de haberle arrancado el mínimo suspiro.

El mismo mandarin quedó tan sorprendido, que hizo llamar á cuantos estaban por allí alrededor, para que asistiesen á un espectáculo de valor y fuerza jamás visto. Con todo eso el odio y la cólera se aumentaron en el bárbaro tirano, y quiso desahogarlos haciendo que la víctima fuese arrastrada por dos veces del uno al otro extremo del tribunal. Pero ni aun así obtuvo el turbar en lo más mínimo la serenidad y la paz del Confesor de Cristo.

—En verdad—dijo el tirano—que has dado prueba de hombre valeroso, de grande bravura y fortaleza! Dicho esto pasó á las promesas y á los halagos para inducir al mártir á la apostasía de la fe, añadiendo la amenaza del suplicio más atroz y de la muerte más desapiadada. A lo que el Beato respondió francamente, rechazando tan necias y vanas promesas, y oponiendo á éstas el grande premio que le estaba reservado por Dios en la eternidad. Volvió además á desmentir las falsedades y calumnias que el perverso había nue-

vamente echado en cara al misionero, y habiendo exhortado á todos, no excluido el mismo juez, al culto del verdadero Dios, concluyó diciendo que bien podía el cruel inventar nuevas maneras de tormentos y de escarnios, pero que en cuanto á sí mismo tenía fe en Dios, de que le haría salir victorioso y triunfante en la lucha.

La indignación y la ira del mandarín llegaron al colmo, y para desquitarse en algún modo, ordenó que arrastrasen por tierra al Beato Padre y que le golpeasen como se había hecho antes, añadiendo así á la víctima nuevos dolores y nuevas heridas. Invitado después por el mandarín militar, llegado en aquel momento, á leer algún trozo del Breviario, el Beato lo abrió donde salió, y se alegró mucho de haberse encontrado con las lecciones de Santa Catalina, virgen y mártir. De aquella lectura tomó ocasión de predicar la verdad del Evangelio, por cuya defensa la invicta y noble virgen alejandrina había sufrido tan horrible y cruel martirio. Fué un nuevo rayo para el impío Ko-ie, quien, no pudiendo resistir su furor, ordenó que el mártir fuese inmediatamente azotado.

Pronto los verdugos prendieron la víctima, la desnudaron desde la cintura abajo, y extendido de bruces en tierra, le descargaron muchos y crueles golpes con cañas de bambú aplastadas. De esta carnicería el mismo Beato Protomártir escribió haber sentido toda la crueldad, que le pareció insoportable: *porque comenzaba la fuerza de los golpes, y deseaba que terminasen*. Quedó tan mal parado y desmayado, que no podía moverse: por esto los verdugos debieron vestirle de nuevo y llevarle en hombros á la cárcel, derramando tanta sangre, que manchó todo el trayecto.

En la cárcel el Beato mártir tuvo que ejercitar su santo ministerio entre los detenidos, convirtiéndolos á la fe de Jesucristo, entre éstos, dos que se habian mostrado obstinadísimos. De modo que para nuestro Beato la cárcel se había convertido en templo del Señor, donde la oración y especialmente el rezo cotidiano del Santo Rosario, las instrucciones, los sermones, eran dulces y suaves para los míseros encarcelados, que de una vida de delitos y de maldades se habian entregado á la de fervorosos creyentes.



## CAPÍTULO X

### El impio Ko-ie.—Triunfo final.

El tirano Ko-ie esperaba de un día para otro la noticia de que el hambre, á que habia condenado al P. Francisco Capillas, le hubiese acabado inexorablemente. Esto no sucedió. Y un día el cruel mandarín, presentándose de repente en la carcel, encontró al Beato no solo vivo, sinó también sereno y tranquilo fuera de la horrenda *secreta*. La ira le hizo subir la sangre á la cabeza, y después de descargar sobre el pobre guardián una espuerta de improperios y de maldiciones, se volvió al Confesor de Cristo, y le habló así:

—Y tu, impostor, tienes todavia á gloria el padecer?

—«Así es, repuso el Beato, ya que no puede la criatura recibir en este mundo mayor bien del que produce el padecer tormentos, y persecuciones por amor de su Criador. Por

»esto tus dádivas y convites no pueden com-  
»pararse con las dulzuras que yo siento, en  
»verme maltratado y herido por Aquel que  
»antes que yo y por mí fué herido y muerto.»

—Quieres pues,—replicó el tirano—seguir  
aún en la ley de Dios?

—«Esta ley, dijo el mártir, no es mia ni de  
»los cristianos solamente, sinó de todo el  
»mundo, el cual está obligado á seguirla: por  
»esto también tu debes seguirla.»

—Y por el castigo—volvió á preguntar el  
juez—que te he dado días pasados, me tienes  
temor, ó me conservas odio?

—«De ninguna manera te temo, ni te odio;  
solamente te tengo gran compasión.»

Y el tirano concluyó diciendo:

—Supuesto que no me quieres mal, ni me  
odias, quiero azotarte todavía otra vez. Ea,  
verdugos, mandó, cargadle de bastonazos.

En las llagas apenas cicatrizadas cayeron  
nuevos golpes, y el tormento del campeón de  
la fe fué cual no lo podemos describir. El áni-  
mo de la fiera humana no se conmovió en lo  
más mínimo, sinó que solo esperó la respues-  
ta á la última pregunta.—Con todos estos tor-  
mentos quieres aun seguir la ley de Dios?

—«Sí— y no dijo más el heroico confesor de Cristo.»

Era la última palabra que el criminal Ko-ie oia de la boca del mártir; ya que la venganza de Dios estaba próxima para perder al infame, y para mostrar que los mártires del Evangelio no son muertos impunemente. El pérfido bárbaro, renovada la orden de que el P. Capillas fuese abandonado á morir de hambre en el más horrible calabozo, se marchó de la cárcel. Al cabo de algunos días el mandarin civil Ko-ie subiendo á los muros de Fogán, para explorar las posiciones de los soldados chinos que habian sitiado la ciudad, al asomarse entre una y otra almena de la misma muralla, recibió en la frente una bala enemiga que le dejó frio en el acto. Así acababa aquel perverso que tanto habia martirizado al inocente Capillas, quien poco antes habia profetizado la muerte infame de tan cruel tirano. Sin embargo, no por esto fué puesto en libertad nuestro Beato.

Al mandarin Ko-ie sucedia en el cargo cierto Yang-ie, peor que el anterior. El 15 de Enero de 1648, la caballería tártara, hecha una furiosa salida contra los asediadores soldados chinos, logró hacer un prisionero. Sujetado á

tortura, para que revelase los planes de los enemigos, y especialmente si habia traidores, el desgraciado, sea que fuese movido por el temor, sea que tuviese odio contra los cristianos, hizo de éstos una grande sarta de calumnias y los denunció como conspiradores en favor de los que sitiaban. No se quiso más, para que todos los rayos del nuevo mandarín se lanzasen contra los cristianos, y principalmente nuestro Beato que ya se hallaba en la cárcel: tanto más que al primer delator, ó más bien calumniador, sobrevino un segundo que supo también urdir con más destreza la calumnia.

Parece que al Beato, mientras se encontraba en la cárcel, fué revelada en un éxtasis la borrasca final; porque, rezando el Santo Rosario juntamente con los otros prisioneros, llegado al tercer misterio doloroso, cayó como en un sueño del que despertándose dijo sin más estas palabras: «Estamos al fin.» De hecho estaba al fin de sus trabajos y de sus dolores, habia llegado el momento por tan largo tiempo suspirado, en que debia dar por Dios la sangre y la vida y sellar con el más sublime testimonio la verdad y firmeza de su fe, y la legitimidad de su apostolado.

El mandarin mandó sin más que el confesor de Cristo fuese traído inmediatamente á su presencia, para que le fuese leída, motivada con las acostumbradas calumnias, la sentencia de muerte. En seguida el verdugo desnudó completamente al Beato de sus vestiduras, dejándole solamente las medias que no fué posible sacarlas, porque eran muy estrechas, y acaso también porque estaban pegadas á la carne con la sangre cuajada después de la flagelación. El Beato había poco antes cortado y cosido en la cárcel aquellas medias, y estaban destinadas en los designios de Dios como medio para el reconocimiento del cuerpo del Beato, dos meses después de su decapitación.

Así, pues, desnudo y expuesto al ludibrio de aquella gente sin pudor, el manso Padre fué sacado fuera de la Audiencia y junto con otro malhechor—condenado también al degüello,—fué conducido hacia el lugar del suplicio, que estaba cerca de los muros de la ciudad. El verdugo ordenó al malhechor que fuese delante, y al Beato que lo siguiese. Encaminándose así por un pequeño collado, á un cierto punto, el venerable Padre, todo absorto en oración cruzó los brazos, dobló las

rodillas en tierra, y esperó intrépido la espada del verdugo. Pero éste le dió orden de levantarse y de proseguir hacia la pendiente. Dados aun pocos pasos, el verdugo, que tenía preparada la cimitarra, descargó un terrible golpe en el cuello del Beato, cortándole á cercén la cabeza.

Esto sucedía el 15 de Enero de 1648, día en que la Orden de Santo Domingo celebra la fiesta del Santísimo nombre de Jesus. Provincial coincidencia, con la cual el benignísimo Dios quiso consagrar en los fastos de la Iglesia la memoria de nuestro mártir glorioso que vivió, obró, sufrió y dió su vida por este nombre adorable, en quien solo está fundada nuestra *salvación, vida y resurrección.*



## CAPÍTULO XI

### Las requisas.—Los milagros.

Fué siempre cuidado de los cristianos sustraer á la profanación de los infieles los restos de los gloriosos mártires, y conservarlos y honrarlos como cosa santísima. Solo esta vez era tanto el aborrecimiento de los bárbaros asesinos de nuestro Beato hacia su víctima, que aquello no fué posible. Así que el cuerpo del Beato, quedando dos días supino en tierra como había caído, fué primeramente expuesto á la más desvergonzada profanación de aquellos insolentes, y después precipitado en los fosos junto á los muros de la ciudad: la venerable cabeza fué mandada enterrar.

Pero cuando, al cabo de dos meses, cambió algún tanto la fortuna de los cristianos en aquellas regiones, el P. García, Superior de la Misión, hizo prontas instancias para recoger los restos gloriosos del amado y venerado

hermano, y pudo salir con el intento. El sagrado cuerpo del Beato fué hallado entero y sin ninguna señal de corrupción, menos el vientre que se habia consumido, como tambien fué hallada intacta la venerable cabeza. Por lo demás, parece que el odio de los bárbaros contra el glorioso mártir no se extinguió jamás, hasta perseguirle en sus mismas reliquias, que, conservadas por más de cien años en medio de mil peripecias, por los misioneros dominicos de China, finalmente se perdieron á consecuencia de una cruel persecución que se desencadenó en aquellos lugares hacia el año 1746, y en la cual otros hermanos del Beato, que ya han sido elevados al honor de los altares, recibieron como él la palma del martirio.

Fué fortuna por lo tanto que antes de esta persecución el P. Fr. Juan Polanco hubiese llevado, cual precioso recuerdo, al Convento de San Pablo de Valladolid, del que era hijo el Beato, su venerada cabeza, mientras que la mandibula inferior quedó en el Convento de Santo Domingo de Manila. Así pudo llegar hasta nosotros algo de las preciosas reliquias, y ser expuestas á la veneración del los fieles el

día solemne de la glorificación del Protomártir de China. La cabeza del Beato se conserva todavía en el Convento de San Pablo de Valladolid.

No hay que decir que por intercesión del Beato no faltaron jamás señales milagrosas que proclamaron altamente su santidad. Y fué portentoso milagroso sin duda que su cuerpo, quedando por dos meses insepulto, expuesto á la intemperie y á la rapacidad de las fieras silvestres, y confundido con cuerpos en putrefacción de otros ajusticiados, se conservase casi totalmente incorrupto. Como también nos vemos precisados á reconocer como portentoso el siguiente hecho. Entre los cadáveres arrojados á los fosos de los muros de Fogán, estaba el de un muchacho, muerto probablemente también por orden del impio mandarin Ko-ie. El cadáver del muchacho tenía un brazo extendido sobre la palma del B. Francisco. Cosa maravillosa! El espacio de dos meses habia deshecho el pequeño cuerpo, pero no así el brazo que se habia conservado entero é incorrupto al contacto de las carnes del glorioso mártir.

Además, no menos prodigioso parece que

el cuerpo del B. Francisco pudiera conservarse intacto en un furioso incendio declarado en la casa donde eran conservadas tan preciosas reliquias, antes que en la persecución indicada fuesen rabiosamente dispersadas.

Finalmente: que un confesor, apóstol y mártir, cual había sido el Beato Francisco de Capillas, mereciese honor de los altares, es cosa que parece evidente. Sin embargo, la Causa del Beato, empezada con grande entusiasmo y con las más halagüeñas esperanzas poco después de su muerte, debió, desde el año 1675, por arcanos consejos de la Divina Sabiduría, quedar suspendida por más de dos siglos.

Y solo hoy, en el año 1909, reinando felizmente el amado Pontífice Pio X, juntamente con otros gloriosos mártires de China, mucho más recientes, (**de quienes sigue brevísima lista**), también el Protomártir de China fué solemnemente declarado *Beato*, y podrá como tal ser venerado por siempre jamás en la Iglesia de Dios.







69

69

